

La conclusione dell'incontro di studio e del libro è affidata a L. Cicu, professore di Letteratura latina dell'Università di Sassari, che riflette sulla formazione e la ricerca in Sardegna ieri, oggi e domani. La raccolta dei contributi dei giovani ricercatori sardi ha senza dubbio il merito di rendere noti gli sforzi e i progressi ottenuti dagli studiosi negli ultimi anni, dimostrando che i finanziamenti ricevuti sono stati impiegati fruttuosamente, per la realizzazione di progetti ambiziosi, spesso basati sulle più moderne tecnologie informatiche applicate alle discipline umanistiche. Evidenzia un notevole interesse per il territorio e per la sua storia ed è inoltre

lodevole sia per l'approccio interdisciplinare delle ricerche, sia perché, in generale, gli articoli sono molto istruttivi sul piano della metodologia. Insomma, in questo libro i giovani ricercatori non solo dimostrano di saper svolgere il proprio lavoro con competenza ma anche che i loro sforzi conducono a validi risultati. Ciò che ne deriva è una panoramica variegata ma solida, specialmente sulla storia della Sardegna. Una panoramica che, viste le premesse, si spera che continui ad essere ampliata, venendo incoraggiata e sostenuta come si merita.

Silvia Tantimonaco

Ángel A. JORDÁN, *Concepto y uso del monumento epigráfico en la Hispania romana durante el principado* (Signifer, Monografías y Estudios de la Antigüedad Griega y Romana 41), Madrid, Salamanca, Signifer Libros, 2014, 308 pp. ISBN: 978-84-941137-7-2.

Como indica el autor en el primer capítulo introductorio, el objetivo de este libro es «analizar los elementos que caracterizaron la cultura epigráfica en la Península Ibérica, con la finalidad de ahondar más en el sentido y uso del *titulus*» (p. 7). Es decir, la producción de inscripciones, característica del mundo romano, del que se configura como un aspecto extremadamente prolífico, es estudiada, en el presente trabajo, desde el punto de vista de su funcionalidad, con especial atención hacia el empleo de la escritura epigráfica por parte de los distintos componentes sociales.

Para poder hacerlo sin desbordar, algunas limitaciones de tipo geográfico, cronológico y tipológico se imponen. Así pues, el estudio se centra en las inscripciones latinas producidas en las tres provincias hispanas, entre el año 27 a.C. (elección a *princeps* de Augusto, quien modificó el concepto y el uso de la epigrafía en el mundo romano, según puso de relieve G. Alföldy) y el 284 d.C. (llegada al trono de Diocleciano tras la Anarquía

Militar, que marca un nuevo cambio en la producción epigráfica, correspondiente a la llamada «terza età» de la epigrafía, cfr. p. 15, 16 y, sobre todo, 37-40). Más concretamente, se ocupa de las inscripciones realizadas «dentro de los muros de la ciudad, es decir, inscripciones honoríficas, constructivas y sagradas» (*eod. loc.*), pues la civilización romana fue principalmente urbana.

Los materiales abarcan 2890 documentos, publicados hasta el año 2010. Son tratados de forma estadística, dando preferencia al cálculo porcentual más que por unidades, con el fin de demarcar claramente las diferencias existentes entre la epigrafía de la *Baetica*, de la *Citerior* y de la *Lusitania*, y redimensionando, así, la importancia del azar, que siempre influye en la conservación del número de testimonios que han llegado entre nuestras manos desde la Antigüedad.

El capítulo segundo trata pues de dar respuesta a la siguiente pregunta: «¿Qué *idea* del epígrafe existió en la Península Ibérica?» (p. 10, cursiva del autor).

Centrándose en el tema de la «concepción epigráfica», el autor roza también la cuestión de la *literacy* en el mundo romano, tema aún debatido y espinoso. De hecho, al citar la famosa frase petroniana: «*Sed lapidarias litteras scio*», pronunciada por el liberto Hermeros (*Sat.* 58, 7), insiste en la popularidad del medio epigráfico en el mundo romano, y expresa la consecuente idea de que «lógicamente, a la capacidad de comprender una inscripción también acompañó la de poder realizarla» (p. 15).

Sin embargo, cabe señalar que el pasaje petroniano ha ocasionado mucho debate, y hay quien cree que Hermeros es el representante de una categoría de semi-letrados, que no iban mucho más allá de saber leer y escribir su propio nombre en letras capitales (cfr. R.W. Daniel, «Liberal Education and Semiliteracy in Petronius», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 40 [1980], pp. 158-159).

Además, cuando se ocupa de la transformación de la epigrafía en un «*medio de masas*» (p. 16 y 19, cursiva del autor), el propio autor afirma que el *princeps* favoreció «la lectura y comprensión de los monumentos epigráficos independientemente del grado de alfabetización del lector» (p. 17) «...por medio del empleo de un código de abreviaturas que permitía su interpretación por cualquiera mediante diferentes recursos mnemotécnicos, algo muy extendido en las primeras civilizaciones» (p. 19). La referencia es, pues, a la llamada *epigraphic literacy*, un nivel de alfabetización que hubiera garantizado, por lo menos, la comprensión de las inscripciones expuestas, caracterizadas por construcciones, formularios y siglas estandarizadas, y que, en ese sentido, «required skills (for instance, contextual decoding of abbreviations and scripts) that were both greater than and less than those required for “literacy” in its normal sense» (J. BODEL, «Inscriptions and Literacy», en C. BRUUN - J. EDMONDSON (eds.), *The*

*Oxford Handbook of Roman Epigraphy*, Oxford 2015, p. 751).

Jordán continúa explicando que Augusto facilitó el proceso de movilidad social, y, «en este contexto, la inscripción se desarrolló como un medio a través del que se ofrecía apoyo a estas nuevas inquietudes, convirtiéndose en un soporte donde se articulaba una identidad, tanto colectiva como individual» (p. 17). Así pues, fue sobre todo la *imitatio* llevada a cabo, en época augústea, por las clases elevadas —y, poco después, también por las más humildes— que contribuyó a la exportación de un renovado concepto epigráfico fuera de Roma y en las provincias (cfr. pp. 20 y 36). Lo demostraría la predominancia, en la edad del Principado, de inscripciones honoríficas y homenajes respecto a otras clases de epígrafes urbanas en las zonas más romanizadas de las provincias hispanas, que corresponden a las más urbanizadas, en especial modo, el *conventus Tarraconensis* (cfr. pp. 21-24).

Ejemplifica bien la perspectiva adoptada en este libro la lectura que el autor hace de la enigmática cuestión que concierne al escaso número de inscripciones hispanas dedicadas a la *gens Flavia*, pese a la concesión del derecho latino a las ciudades peninsulares por parte de estos soberanos (pp. 25-27). De hecho, se trataría, según él, de un derivado de la nueva concepción epigráfica introducida por Vespasiano en la cultura romana. Basándose en algunos pasajes de Suetonio y Dión Casio, el autor recuerda la «austeridad» del emperador, que podría haber influenciado la praxis epigráfica en la no proliferación de inscripciones en su honor, pues él mismo «retrajo los aspectos publicitarios del epígrafe» (p. 26), incrementando, por el contrario, las inscripciones sacras (que el autor, a lo largo del libro, suele llamar «culturales»), que evidencian «la relación de la *civitas* con el emperador y los dioses» (p. 26).

Esta teoría, que, al lado de las propuestas por otros historiadores (como Navarro, Le-

vick, Galsterer y Stylow, resumidas en la p. 25), puede parecer simplista, es sin embargo coherente con la metodología del libro, que se ocupa de la inscripción en cuanto producción ideológica y dotada de una finalidad propia, y se sustenta en el cálculo de las diferentes tipologías epigráficas halladas en la Península, organizándolas en tablas y estudiándolas por zonas y cronologías. Así, mientras que la epigrafía hispana de la época de Augusto demuestra una preocupación especial en la celebración del *princeps* y en la auto-representación de las elites, la epigrafía de la edad de los Flavios, también en consecuencia de algunas previas reformas operadas por Claudio, parece tender a la «popularización» y a la prevalencia de la dimensión cultural (p. 36).

Algo parecido evidencia el autor para fechas más tardías, en dependencia de las circunstancias políticas, pues, a partir de mediados del siglo II d.C., registra un notable descenso en la producción epigráfica urbana, cuyas manifestaciones son, sobre todo, expresiones de fidelidad hacia el emperador, que llega a ser el protagonista de más del 80 % de las inscripciones promovidas en las ciudades hispanas en el siglo III d.C. (pp. 263-264). Aún más tarde, «la cultura epigráfica del Principado, relativamente uniforme en todo el imperio, se desmembró en un puzzle de imágenes distintas en el siglo IV d.C., dependiendo de las regiones, posiblemente como consecuencia de la existencia de distintas zonas ideológicas, pues no era lo mismo la mentalidad de un habitante del Rin que la de otro de Palestina» (p. 38). En ese sentido, adquiere aún más importancia el hecho de que el libro esté centrado, de forma monográfica, en una única provincia del imperio, y que se preocupe por detectar las ideologías específicas que se alternaron en ella durante el espacio de tiempo considerado. Y, por eso, sería deseable que la investigación continuara en futuras publicaciones, llevada a cabo igual de bien que en este volumen, para los siglos IV d.C. y posteriores, teniendo en cuenta

los cambios políticos, religiosos y sociales acontecidos en esas décadas —que el autor con razón menciona en las pp. 38-40— e incluyendo también los ámbitos rurales.

Relacionado con el tema de las diferentes realidades provinciales, e indispensable en un trabajo de este tipo, es el párrafo dedicado al sustrato hispánico, a las culturas epigráficas prerromanas así como a las modalidades de recepción de la nueva cultura importada (pp. 41-49). En ello, sin embargo, se echa en falta una referencia a las llamadas «inscripciones lusitanas» (recogidas recientemente en J.M<sup>a</sup> Vallejo, «Hacia una definición del lusitano», *Acta Palaeohispanica* XI. *Palaeohispanica* 13 [2013], pp. 284-286), sobre las cuales mucho se ha dicho en términos de relación entre función de la lengua vernácula y medio epigráfico de importación romano, puesto que la población de los Lusitanos no parece haber tenido manifestaciones escritas anteriores (sin embargo, sí se trata los vascones «como un ejemplo de interrelación entre una cultura ágrafa y el medio epigráfico», p. 44).

De hecho, algunos investigadores creen que la transposición en forma escrita de las fórmulas rituales propias del culto lusitano puede haber tenido un significado altamente simbólico, pues el mantenimiento de la lengua original habría garantizado la eficacia del rito, que, por el contrario, habría podido anularse, si los textos se hubiesen traducido al latín (cfr. S. ALFAYÉ - F. MARCO SIMÓN, «Religion, language and identity in Hispania: Celtiberian and Lusitanian rock inscriptions», en R. Häußler (ed.), *Romanisation et épigraphie. Études interdisciplinaires sur l'acculturation et l'identité dans l'Empire Romain*, Montagnac 2008, p. 299). Al mismo tiempo, la elección voluntaria de la lengua vernácula frente a la importada —que resulta evidente, por contraste, en base a la presencia de un encabezamiento en latín en las dos inscripciones de Lamas de Moledo (*CIL* II, 416 = *MLH* L.2.1: *Rufinus et Tiro scripserunt*) y de Arroyo de la Luz (*CIL* II,

738, 739 = *MLH L.I.I: Ambatus scripsi*)—sería prueba de un uso sectorial, vinculado al ámbito cultural, de la misma (cfr. J. DE HOZ, «La epigrafía lusitana y la intersección de religión y lengua como marcador identitario», *Ciências e Técnicas do Património* 12 [2013], 87-98), que se habría empleado por primera vez en el medio epigráfico por influencia de los usos importados por los romanos en las tierras lusitanas.

Sin embargo, merece atención la hipótesis que el autor avanza con relación a la gran abundancia de teónimos indígenas en la epigrafía de época romana, que caracteriza las zonas nororientales de la Península (en correspondencia con el mundo galaico, astur, celta y vascón) pero que no se manifiesta en los restantes territorios, de sustrato cultural ibérico. Más allá de explicar este fenómeno con la cuestión de la mayor/menor romanización de las diferentes zonas de *Hispania*, lo considera un reflejo de las prácticas culturales anteriores, de sustrato, relacionables con «unos esquemas religiosos que no requerían el epígrafe como medio de expresión», a pesar de conocer la escritura y emplearla por otras finalidades (p. 48). «Por el contrario, el mundo cultural del centro y norte peninsular, tal vez mucho más permeable que el ibero, adoptó los medios gráficos que exportaba la religión romana en el Principado, acogiendo el monumento pétreo como una forma más de reflejar el sentimiento religioso» (p. 50).

Los capítulos de tercero a sexto intentan pues contestar a otra cuestión: «¿Qué HABITO epigráfico se aprecia en las provincias hispanas?» (p. 10, versalita del autor).

Con esta finalidad, cada uno de ellos se centra en una precisa realidad social y en su peculiar manera de concebir y emplear la epigrafía de tradición romana. Se empieza por el soberano («El emperador en la epigrafía hispana», cap. 3), se continúa con senadores y caballeros («Los *primi ordines*», cap. 4) y con la elite local (cap. 5), para terminar con las inscripciones de privados, que incluyen li-

bertos y, en gran minoría, esclavos («*Ingenui, liberti, servi*», cap. 6). El método sigue siendo el de recoger y cruzar los datos tipológicos, topográficos y cronológicos, sirviéndose de la ayuda de tablas, gráficos y mapas.

Con su estudio, el autor ambiciona especialmente demostrar cómo la cronología ha condicionado la concepción del monumento inscrito y, en consecuencia, las características de la cultura epigráfica romana. En general, parece relevar una constante dependencia entre la política del príncipe al poder, las dinámicas de evolución social y los efectos que se reflejan en la epigrafía urbana, tanto oficial como privada; no obstante, pone de manifiesto también la existencia de algunas diferencias internas a cada una de las provincias hispanas consideradas, dependiendo de la actitud de sus distintos grupos sociales (y, en algunos caso, tal vez del azar en la conservación de los textos, cfr. p. 224).

La idea sobre la que se basa este trabajo, que surge de la pregunta acerca de cómo la sociedad hispanorromana empleó el medio epigráfico en las ciudades durante el Principado, es sin duda original y digna de consideración por el atrevimiento de afrontar un tema tan complicado como es cualquier intento de acercarse a los antiguos, a su mentalidad y a sus prácticas desde su propio punto de vista —más allá de limitarse a describirlas o a calcularlas. Por otra parte, destaca la seguridad y la solidez del método que, desde las primeras páginas, deja claros los objetivos así como los límites asumidos por el autor, y explica los criterios utilizados para obtener la máxima información de la documentación tratada. Una buena nota, finalmente, merece la redacción del texto, que fluye agradable y claro.

Se trata, en definitiva, de un trabajo que habrá que tener en cuenta a partir de ahora para interpretar la realidad epigráfica de las provincias hispanas.

Silvia Tantimonaco